

Boletín

de la

Asociación Española

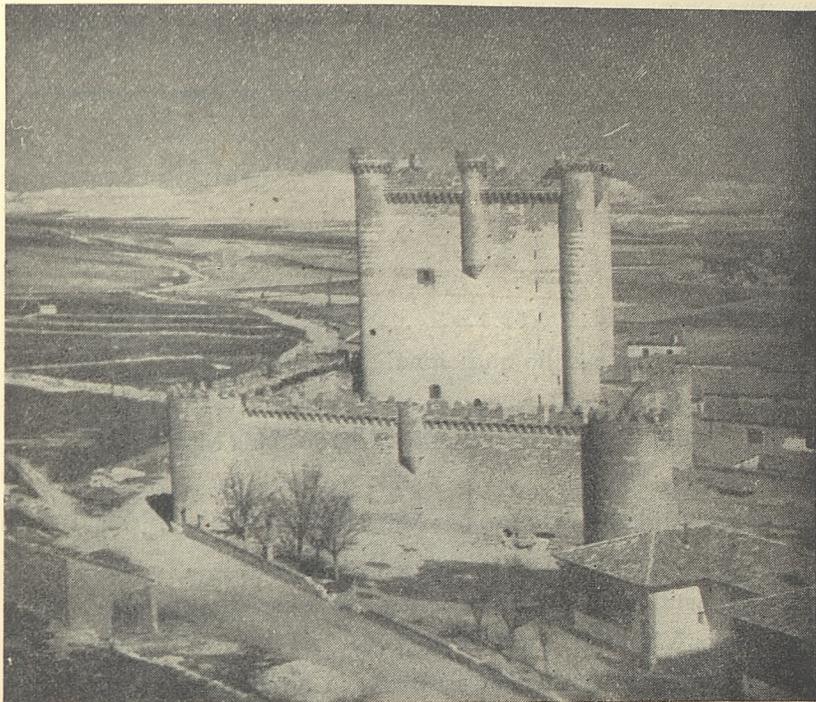
de

Amigos de los Castillos



Año IV

n.º 15



Castillo de Fuensaldaña
(Valladolid)

De la pompa feudal resto desnudo,
sin tapices, sin armas, sin alfombra,
hoy no cobija su recinto mudo
más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
bajo el nombre sin crónica conserva
y en las bóvedas, torres y pilares
brota a pedazos la pajiza hierba.

Los pájaros habitan la techumbre
y la tapiza la afanosa araña . . .
y eso guarda la tosca pesadumbre
del viejo torreón de Fuensaldaña.

ZORRILLA.

S U M A R I O

	<i>Págs.</i>
Editorial.....	123
Miravet, un castillo tradicionalista, por José Sanz y Díaz.....	125
El castillo de Torroella de Montgrí, por Luis Mon- real y Tejada.....	127
Los castillos del Duero, por Martín Alonso.....	134
Tres estampas del castillo de Montánchez.....	137
El castillo de Luz y la piratería de Jean Alfonse, por Virgilio Grande.....	141
Actualidad artística: Castillos a la aguada, por José Sanz y Díaz.....	144
Obituario: El Excmo. Sr. D. Joaquín de la Llave y Sierra, por A. D.....	147
Loa y esquema de los castillos de la provincia de Madrid.....	149
Excursiones colectivas.....	151
Bibliografía, por A. D. y J. S. y D.....	155

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO IV | OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE 1956 | N.º 15

EDITORIAL

Uno de los medios cardinales de que la Asociación Española de Amigos de los Castillos viene valiéndose para fomentar, con su conocimiento, la afición hacia los castillos lo constituyen las llamadas excursiones colectivas, consagradas a visitar monumentos importantes de la arquitectura militar antigua, no sólo los que se encuentran en ciudades de abolengo histórico y artístico, sino también aquellos otros existentes cabe pequeños pueblos y aun aislados en la inmensidad de la paramera o las estribaciones de la montaña. A los pocos meses de quedar constituida la entidad dieron comienzo estas excursiones, que se prosiguen, con creciente éxito, durante las dos épocas más apropiadas del año, o sea la primavera y el otoño. Se aprovechan días festivos, a fin de contar con el necesario número de viajeros entusiastas, bien sean miembros numerarios de la Asociación, bien meramente simpatizantes, los cuales, sufragando estrictamente los gastos de locomoción y almuerzo, pueden sumarse a la empresa de conocer *de visu* los castillos españoles. Naturalmente, empleando, como hasta ahora, una sola jornada, no ha sido posible alongarse sino centenar y medio de kilómetros, cuando más, de Madrid, por lo cual el área que se lleva recorrida comprende sólo la provincia central, las de Avila y Segovia y parte de las otras limítrofes de Guadalajara, Cuenca y Toledo. Pero se aspira a realizar excursiones de mayor radio, invirtiendo en ellas más de un día, lo que permitiría profundizar en ambas Castillas y llegar a Extremadura, a Aragón y acaso a Andalucía.

Estas excursiones ofrecen un sello especial, al responder no a un motivo superficial, momentáneo snobista, que es el habitual en el turismo al uso, por lo que de muchas de ellas no queda más recuerdo que las fotografías obtenidas, sino al empeño consciente y entusiasta de conocer lo que constituye un aspecto verdaderamente consubstancial al alma de la raza, que tan marcada influencia ejerció en el hispano devenir histórico y social. Dijérase que el amor a los castillos, por lo mismo que éstos son tan distintos de los de otros países, imprime también a quienes

io sienten una especial manera, más trascendente, de considerar lo que representan esas altas y perennes entidades llamadas Patria, Historia, Arte, Paisaje, etc.

Y debe hacerse notar que, en el deseo de lograr más provechoso resultado, sobre todo para aquellas personas menos versadas en el conocimiento de la arquitectura castrense hispana, figura siempre al frente de cada excursión alguno de los competentes miembros, especializados en estas cuestiones, que se cuentan en la Junta Directiva de la Asociación, o, en su defecto, el Jefe de la Oficina Técnica, a fin de ofrecer eruditas y amenas explicaciones de indole histórica y descriptiva acerca de cada monumento en la precisa coyuntura de ser visitado. Esta labor excursionística es ya secundada en diversas provincias por las respectivas Delegaciones de la Asociación, a medida que éstas se van constituyendo.



MIRAVET, UN CASTILLO TRADICIONALISTA

Por JOSÉ SANZ Y DÍAZ

En un profundo remanso que forma el Ebro, para después precipitarse en vertiginosa rapidez, levántase majestuoso, cual guardián de tétrica mirada y rostro severo, el castillo de Miravet.

Su origen se pierde en las nebulosidades de la Historia patria. Los pergaminos conservados en los archivos, relativos a este castillo, aparecen mutilados por manos impías, o bien apollillados y destrozados por entretenidos ratones que se han aprovechado de su ranciedad para saciar su apetito, encontrando en aquellos documentos sabroso manjar, y así han desaparecido los privilegios otorgados por los reyes a dicho castillo, como los cantos heroicos de sus valientes guerreros, honra y gloria de España.

Reconstruido por los Templarios después de la conquista de Miravet por Berenguer IV, lo consideraron como una de sus residencias principales, enamorados de su magnífica situación sobre montañas graníticas y áridas, muy parecidas a las que tuvieron en Palestina.

¡Qué impresión no producen sus fuertes y gruesos muros. todos de sillería, sus altos ventanales, sus gárgolas de figuras simbólicas y ridículas, su famosa escalera de caracol y, sobre todo, su sobria y elegante capilla de orden románico! Allí está la célebre Plaza de la Sangre, de terrible tradición, y todavía se enseña al visitante el calabozo donde estuvo encerrado el Príncipe de Viana, y en donde el médico judío le dió el brebaje que había de ocasionarle la muerte.

Los valientes defensores de la religión, los que fueron nuestros antecesores en los campos de batalla, reedificaron este famoso castillo, cuyos altos torreones parecen, al que los mira desde el río, confundirse con las nubes, resistiendo impávidos las injurias del tiempo y de los hombres.

A su amparo y protección se refugiaron los nuevos cruzados del sublime y bello ideal tradicionalista para defenderse de los que, llamándose liberales, eran los asesinos de la libertad.

Tal vez quedase en aquel castillo algo inexplicable de los Templarios. tal vez creyésemos, a no tener arraigadas en nuestro corazón las sanas doctrinas del catolicismo, que el alma de aquellos antiguos guerreros, por una serie sucesiva de transmigraciones, habría pasado a encarnarse entre las gruesas paredes del solitario castillo.

Todo él respira misticismo religioso, todo él es símbolo de las glorias religiosas, y cuando el visitante penetra en su ancho patio o anda a través de sus largos corredores, espera ver apa-

recer de pronto a alguno de aquellos héroes legendarios que tantas proezas realizaron en Jerusalén, y más tarde en nuestra España, contra los enemigos de la Cristiandad.

Por eso, en aquellos días de vindicación, en que se ventilaba en los campos de batalla nuestro derecho a la existencia, sirvió para la defensa de nuestra causa y fue la enseña de la comunión carlista.

Desde sus gruesas murallas y altos torreones, los soldados carlistas han luchado denodadamente contra el ejército liberal, rechazando victoriosamente sus ataques. Centro de aquella comarca, desde él han irradiado las ideas salvadoras de Dios, Patria y Rey. Centinela avanzado, ha sido el guardián de la santa causa, estrellándose debajo de sus robustas torres la mala simiente liberal, importada por los revolucionarios franceses, como se estrellan al chocar contra sus rocas las rápidas aguas del Ebro.

Cuando ya nuestras armas derrotadas por la traición, fugitivos o emigrados la mayor parte de nuestros caudillos y perseguidas con saña nuestras huestes, el tétrico y solitario castillo se mantuvo firme, defendiéndose con valentía sublime en aquellos momentos de agonía, de los numerosos enemigos que le cercaban. Por dos veces sufrió largos y porflados sitios, bombardeos terribles, y nada menos que el general Martínez Campos tuvo que encargarse de su rendición, no cayendo abatido el inexpugnable castillo sino por medio del oro que se repartió a manos llenas.

La traición, que por todas partes invadió nuestro Ejército, también penetró a través de aquellos gruesos muros; pero la maldición cayó sobre los malvados, los cuales no pudieron aprovecharse del precio de su infamia y vileza. El estigma continúa pesando sobre ellos como terrible losa de plomo.

Todavía se ve sobre la puerta mayor ancho escudo de piedra con la siguiente inscripción:

REINANDO CARLOS V...
AÑO DE 18...

La cifra romana y las dos últimas del año 18 aparecen destrozadas por los martillazos liberales.

Han pasado ya muchos años y todavía conserva numerosos vestigios de nuestra última ocupación, que no han podido borrar las inquinas zurdas, ni el abandono e incuria de los habitantes de aquellos pueblos, que van desmoronando sus paredes, removiendo el suelo en busca de fantásticos tesoros. Y el castillo de Miravet continúa en pie, siendo un ejemplo viviente y perenne de lealtad y patriotismo a la Santa Tradición, tan valientemente defendida por nuestros requetés.

EL CASTILLO DE TORROELLA DE MONTGRI

POR LUIS MONREAL Y TEJADA

El proceso de reversión de los señoríos feudales hacia el poder real tiene su más absoluta confirmación, no sólo en los datos históricos, sino en los vestigios arqueológicos y documentales de los castillos que guarnecieron el territorio de los Torroella. Tenemos que referirnos a tres fortalezas cuyos muros fueron salvaguarda de la población frente al doble peligro, terrestre y marítimo, que en cualquier momento podía abatirse sobre ella.

Conviene considerar en todos los casos la posición geográfica para la comprensión de la historia de cualquier núcleo humano, pero en Torroella las circunstancias topográficas resultan decisivas. Situadas en las tierras bajas, a la orilla del mar, está en el paso obligado desde el sur hacia los centros vitales del Condado de Ampurias. Una serie de castillos y poblaciones muradas vigilaba esta ruta, siendo las más próximas a la costa las fortalezas de Bagur, Pals, Torroella, Belcaire y Albons, que formaban una perfecta línea estratégica.

Respecto al mar, Torroella está en punto especialmente delicado, junto a playas de fácil arribo y frente a las islas Medas, nido de piratas y berberiscos, que desde ellas podían lanzar sus incursiones. Ya en el siglo XII sufrió Torroella los desmanes de los moros mallorquines allí desembarcados, y este riesgo no desapareció hasta bien entrada la Edad Moderna.

Hay que notar que la villa estaba en aquellos siglos bastante más cerca del Mediterráneo, el cual formaba un seno pronunciado entre los cabos del Estartit y de Bagur. Los cambios de cauce del río Ter, unos por fenómenos naturales y otros artificialmente provocados, tuvieron como consecuencia el relleno por aluvión de aquellas zonas marítimas y alejaron las aguas de los muros de Torroella.

Para defensa, pues, de su señorío propio y del condado, en las dos fronteras de tierra y mar se alzaron estos castillos, que vamos a estudiar seguidamente.

Es el primero el de los señores de Torroella, más tarde residencia de los reyes de Aragón, cargado de historia, varias veces rehecho y hoy apenas visible en sus restos dentro de la población.

El segundo es el llamado de Roca Maura. Parece ser que existía ya en el siglo XI, pero no ha podido ser localizado su em-

plazamiento. Su topónimo indica claramente que se hallaba en una posición elevada, pues «roca» se llama frecuentemente a cualquier fortaleza que corone una montaña. Hay que suponer que esta Roca Maura sería un castillo secundario, dependiente del de Torroella para fines estratégicos, probablemente para ser visible en su altura desde otras fortalezas de la región. No se olvide el empeño constante de que los castillos se mirasen: si sus señores estaban en paz, para darse avisos y prestarse ayuda; si sus dueños eran rivales, para servir de advertencia y amenaza recíproca.

Si del de Roca Maura—sobre el que no volveremos, ya que han desaparecido todos sus vestigios—no conservamos más que noticia escrita, en cambio tenemos a la vista, en su estructura general, el de Montgrí, fortaleza inacabada de gran ambición, que no sirvió para su fines más que muy parcialmente y de modo transitorio. En él no queda el recuerdo de empresas bélicas ni de heroicas hazañas, pero es fundamental para el conocimiento de nuestra arquitectura castrense y puede servir como tipo de comparación con otras edificaciones, por estar perfectamente fechado. Por eso le dedicaremos un cuidadoso estudio, que hasta ahora no se había hecho más que en forma fragmentaria.

El castillo de Torroella estaba emplazado al norte de la villa y en su parte más alta, donde el plano acusa un saliente muy pronunciado en el perímetro de murallas. Por su posición descolante sobre el caserío se le llamó «lo mirador».

Su historia debe ser paralela a la de la casa de Torroella, hasta que pasó a poder de los reyes, que le dedicaron especial atención.

Si el castillo existía por los siglos XI o XII, no quedan restos arquitectónicos apreciables de esas épocas. No debía tener, en todo caso, una gran importancia, puesto que no se menciona en los relatos que hacen referencia a la incursión de los moros mallorquines en 1178.

Un documento acredita su existencia en 1202. A fines del siglo XIV está ya ruinoso y abandonado, puesto que en 1386 doña Violante, duquesa de Gerona, dicta penas contra los que se lleven piedras para aprovecharlas en otras construcciones.

Podemos imaginar el castillo como un sólido baluarte, con una residencia aneja, apoyado en la muralla y sirviéndole de albacar la población entera con su recinto murado. Según costumbre, la iglesia estaba contigua, en el mismo lugar que hoy ocupa la que fue levantada en el siglo XV. Tenemos, por consiguiente, una villa fortificada con un pequeño alcázar, análoga en todo a Ullastret o Pals, por buscar los ejemplos más próximos.

Quedan en pie algunos lienzos de muralla y dos torres im-

portantes. Una es la llamada de «les Bruixes», cilíndrica, del tipo corriente en la región y que puede ser del siglo XIII.

La otra es el portal de Santa Catalina, abierto en el muro frente al Montgrí y a la ermita del mismo nombre. Se trata de una torre cuadrada, con puerta en medio punto, provista de rastrillo. Su bien aparejada sillería se alza en tres caras, dejando abierta la que mira al interior de la villa. Por esta parte queda al descubierto su interior, formado por dos plantas cubiertas con bóveda de cañón apuntado en sentido perpendicular a la fachada.

Hace algunos años fue restaurada esta torre, rematándola con almenas cuadradas provistas de garfios, elementos éstos muy adecuados al tipo de la construcción, que habrá de fecharse en las postrimerías del siglo XIV.

De la misma época será lo poco que queda del palacio en que llegó a convertirse el primitivo castillo. Tradicionalmente se señala la llamada Casa Carles como resto de aquella mansión. En efecto, queda una galería de arcos apuntados sobre finísimas columnas, que correspondería al patio del edificio, según el tipo más característico del gótico civil catalán. Ahora bien, su refinada traza es palaciega y no conserva nada del recio aspecto que debió tener el viejo solar de los señores de Torroella. Como siempre que se habita un edificio durante siglos, sobrevienen cambios y reformas que acaban por desfigurarlos totalmente.

Lo contrario es lo que sucede al castillo de Montgrí, porque no llegó a ser puesto en uso pleno y quedó tal como se hizo, inacabado incluso, sin adición alguna por arquitectos de épocas posteriores.

Su imponente silueta es familiar a todo el que pasa por este trozo de la costa gerundense, ya que su mole se recorta en el cielo sobre la cima de la montaña pelada y es visible desde la carretera, desde las playas y desde una gran extensión tierra adentro. El lugar estaba muy bien elegido como atalaya, pero quizá la construcción resultaba desproporcionada para la defensa de un peñasco aislado, por lo que se debió desistir de terminarlo y de situar allí la numerosa guarnición que tan gran fortaleza requería.

Los datos históricos acerca de la construcción del castillo de Montgrí son muy escuetos, pero tienen toda la precisión deseable. Como dice Pella y Forgas, fue «solemne imposición del poder real ante todo el Ampurdán». Este propósito debió mover a Jaime II a edificarlo con tan ambicioso empeño.

El 28 de mayo de 1294 el rey escribe a su procurador Bernardo de Llibiá encargándole que administre y dirija las obras. Del documento se deduce que éstas debían estar ya adelantadas, pero es exagerado colegir que este Llibiá fuera el arquitecto

autor del proyecto, puesto que este personaje pertenecía simplemente a una familia de servidores del rey y es muy problemático que conociese la fortificación en gran escala, al modo que en aquella época se hacía en toda Europa.

Se aplicaron a la obra las rentas reales de Torroella y además un impuesto sobre las yuntas de bueyes de los pueblos de Ullá y Albóns. Tres años después, el rey encomienda la custodia del castillo al propio Llibiá, si bien prohibiéndole que las huestes del castillo entrasen por las calles de la villa al regreso de sus cabalgadas y encargándole además que tuviese siempre a la real disposición diez hombres armados, una acémila y dos mastines. Esta compañía parece más el equipo de un cazador que el séquito de un rey, y probablemente no era más que una disposición para las cacerías que el monarca realizaba por aquellas tierras.

En 1301 pasa la posesión de Montgri a Dalmacio de Castellnou y más tarde a Pedro de Llibiá para él y sus descendientes. Y ahí termina la historia del castillo de Montgri, sin que sea posible señalar el momento en que quedó definitivamente abandonado. Su escarpada posición le ha salvado de ser utilizado como cantera—destino de tantos otros edificios monumentales—y así ha podido llegar a nuestros días sin ningún quebranto fundamental en su traza. Tal como hoy está hubiera podido sentirse colaborador y continuador del ignoto arquitecto gótico, hallando soluciones para rematar la colosal fábrica. Y vamos ya a su descripción.

El monte de Santa Catalina o Montgri tiene una altura de 309 metros, siendo su parte más empinada la que recae a Torroella. La cima es relativamente plana y ancha, por lo que constituye una plataforma excelente para el edificio.

Forma éste un cuadrado perfecto, sin más accidente en su perímetro que las cuatro gruesas torres, cilíndricas e iguales adosadas a las esquinas. La única puerta se abre en la fachada de mediodía, sobre Torroella y frente al portal de Santa Catalina, ya descrito. Toda la obra es de sillería bien trabajada, dispuesta en hiladas horizontales. Carece de foso, cuya construcción no debió ser prevista jamás.

Los muros son lisos, sin resaltes ni cornisas que acusen las plantas del edificio. Tan sólo las torres se alzan sobre un zócalo sin talud, pero más grueso que el resto del muro.

La fachada principal se corona por deciséis almenas cuadradas, con remate piramidal y atravesadas por saeteras. Entre las dos almenas centrales se adelanta un amplio matacán, al que sirve de base un arco de medio punto, colado sobre dos ménsulas. Este arco del matacán repite, incluso en su proporción, el de la puerta que se abre debajo de él y que es de grandes

dovelas; al interior se ensancha su hueco con un más amplio arco rebajado, a fin de dejar espacio libre para el juego de las pesadas hojas que la cerrarían.

Quedan por señalar en la sobria fachada las dos filas de saeteras, situada una a la altura del piso bajo y la otra al nivel de la planta noble. Las que flanquean la puerta son oblicuas, lo mismo que algunas otras destinadas a batir ciertos ángulos.

Las fachadas restantes son idénticas en la disposición de matacanes centrales y almenas y saeteras.

Tanta robustez de edificación no se quiebra más que en las escasas ventanas ajimezadas que se abren en el piso principal: una en la fachada principal, sobre la puerta, aunque un poco fuera del eje, y otras dos en la fachada oriental; constituyen la única concesión al maravilloso paisaje que puede ser contemplado desde la alta mansión del Montgrí. Estos huecos son del tipo corriente en la época, con su columnilla y sus dos arquillos no adovelados, sino simplemente recortados en una pieza de piedra. Por supuesto, son arcos de medio punto y no de herradura, como dijo el ingeniero señor Mariátegui en un artículo y han copiado después otros, sin pensar que una supervivencia de esa forma, aquí y en tal época, tendría una trascendencia arqueológica extraordinaria.

Nada puede añadirse a la descripción exterior del castillo, si no es señalar que las torres carecen de su coronamiento almenado, el cual se elevaría en proporción prudencial sobre la altura de las cortinas.

Los escasos autores que se han ocupado de este monumento señalan su parecido con el castillo de Villandraut, cerca de Bazas, en Francia, cuyo plano publica Viollet-le-Duc en el tomo tercero de su *Dictionnaire*. Es curioso que aquella fortaleza se debió, según parece, a un caballero castellano, Andrés de Villandrando, que fue a Francia con doña Blanca de Castilla y se quedó en Guienne, muy cerca de allí.

Sin embargo, la analogía con el de Montgrí y aquella circunstancia histórica no autorizan a concluir que se trate de un tipo hispánico. En realidad, estas moles torreadas se difundieron por toda Europa después de las Cruzadas y recuerdan mucho a las fortalezas de Oriente. No son el de Villandraut y el de Montgrí los únicos castillos de planta regular con cilindros en las esquinas y desprovistos de torre del homenaje.

Pasemos ahora al interior para contemplar el vasto ámbito cerrado por los altos muros, que hoy se reduce a ser un patio sin construcciones interiores que lo dividan.

En la parte interior de las cuatro fachadas veremos acusarse los huecos que ya hemos registrado en la descripción del exterior: las saeteras con su derrame hacia dentro, para dar boque-

tes rectangulares, y las ventanas geminadas cobijándose bajo un arco rebajado. Hay que señalar, además, los accesos a las torres en cada uno de los ángulos; son tres puertas en arco de medio punto: una en la plata baja, otra en el piso superior y la tercera desde el adarve para llegar al cuerpo de torre que sobresalía de la altura de las cortinas. Como los muros del edificio se unen a escuadra, estas puertas se hicieron juntando dos medios arcos, uno en cada cara del rincón.

En el eje del edificio y en su parte central, muy cerca ya del tercio posterior, se abre la boca de la cisterna, que es rectangular, cubierta por bóveda de cañón en eje perpendicular a la puerta principal. El emplazamiento de esta cisterna nos indica la situación de un patio central descubierto, que ha de servir de pauta para la reconstitución de la estructura del castillo.

En un plano levantado por el Servicio de Monumentos de la Diputación Provincial de Barcelona se anotan cimientos de varios muros paralelos y normales a los que forman el recinto. Sin embargo, su irregular disposición, que no obedece a un plan arquitectónico, y su falta de cohesión con la fábrica principal, puesto que dos de ellos incluso taponan otras tantas saeteras, hacen pensar que correspondían a construcciones provisionales para alojar a los guardianes del castillo hasta tanto que se acometiera la construcción definitiva. Y ésta no llegó jamás, por lo que a nosotros toca descubrir cuál era el plan de su arquitecto, analizando los elementos que han quedado a la vista.

En los cuatro muros, y partiendo a muy poca altura del suelo, se ven arranques de arcos de medio punto. Son seis, regulamente espaciados, en el muro del fondo; cuatro en cada uno de los laterales, dejando sin arcos el tercio de éstos que linda con aquél; solamente dos y en la parte central, a ambos lados de la puerta, en el muro delantero.

La distribución de estos arcos así iniciados se hace todavía más clara al apreciar cómo están limitados por los poderosos enjarjes para muros que se levantan desde el suelo hasta el adarve. De ellos habían de partir las paredes maestras y son suficientemente reveladores para explicar la traza completa de la edificación.

Dos de estos enjarjes están colocados en el paramento interior de la fachada, equidistantes de los ángulos y con mayor separación entre sí. Se ensanchan por su parte superior, disponiéndose a recibir bóvedas, que, por otra parte, se acusan en el despiece alto de los muros laterales.

Los otros dos enjarjes están en éstos, uno frente a otro, en el tercio posterior del recinto.

Basta tender los muros y bóvedas así indicados para obtener

la planta indiscutible del castillo de Montgrí, tal como se diseña en la figura ...

Constaba la fábrica de cuatro crujías, dejando en su centro un patio cuadrado. La del fondo iba de parte a parte, con su bóveda de cañón paralela al muro posterior. Las dos laterales, en el sentido de sus muros correspondientes, desde la fachada hasta encontrarse con aquélla. Finalmente, entre estas dos, una mucho más corta en el lado de la puerta.

Las bóvedas de todas estas naves se levantaban a la altura del piso superior para soportar las terrazas del adarve, que así sería de una gran solidez, sin que en él hubiera materiales combustibles. El piso intermedio, o sea la techumbre de la planta baja, se sostendría por vigas apoyadas en los arcos bajos ya registrados, que son transversales a las naves.

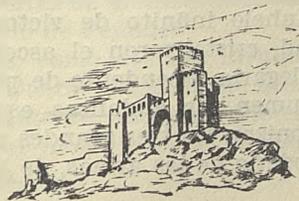
Resulta la estructura tan sencilla como robusta. Su adaptación a las necesidades de habitabilidad del castillo se haría luego dividiendo las largas estancias en los aposentos que fuera conveniente.

Si hubiera que buscar analogías y precedentes a este plan, nos fijaríamos en la traza del vecino castillo de La Bisbal, que también tiene las crujías perpendiculares a la fachada, otra atravesada al fondo y deja el patio en el centro.

La solidez con que se planeó la fortaleza contrasta con la falta de defensa en que queda la puerta, de acceso directo desde el exterior y que constituiría un punto muy vulnerable. Como esto sería un contrasentido, hay que pensar que se proyectaban otras obras de defensa externa, seguramente con muros que formarían un recinto mucho más amplio, acomodado a las condiciones topográficas.

Y tan extenso hubiera sido el albacar, que dentro de él se incluiría una construcción inacabada de sillería, que está en la ladera septentrional del monte, de planta rectangular con dos cuadrados adosados y que tiene el aspecto de ser un gran depósito de agua, el cual, por su valor vital para la guarnición, no podía quedar indefenso.

Es lástima que las circunstancias históricas llevaran al abandono del Montgrí, porque en él se hubiera alzado uno de los monumentos militares más bellos e importantes de Cataluña.



LOS CASTILLOS DEL DUERO

POR MARTÍN ALONSO

Para trazar una obra de unción, de Arqueología y de Historia, hace falta viajar, como el conde de Gamazo, en romería espiritual por la meseta de Castilla. Al conjuro de sus pasos surge la hiedra del recuerdo, entre adarves y saeteras, fibulas visigóticas y sillares desmoronados de esos castillos, que no son cuna ni oasis, como diría Balzac, sino sencillamente diadema de conquista y raíces de Historia.

Sus muros cárdenos y vitales dan frente a la desgracia, llenan sus vacíos de epopeyas y en el ampo de las lunas heladas cantan su canción de hierro y su estrofa lírica de amor.

Castiella se llamó por ser tierra de muchos castillos. La etimología de esta palabra nos lleva al latín *castellum*, diminutivo de *castrum*, campamento permanente de los romanos y puesto militar enclavado por las legiones en los puntos estratégicos para la seguridad de sus posiciones conquistadas.

La Acrópolis. lugar alto y fortificado de las ciudades griegas, sirvió, primero, de ciudadela contra los pueblos invasores, y más tarde, lugar saturado de mitología, amparó las grandes creaciones artísticas.

Nuestros castillos van jalonando el campo de España y paginando la historia de las armas y la historia del Arte.

Unos crecen en la cumbre descarnada de los cerros y enfilan sus muros ciclópeos, como Acrópolis, contra la invasión, salvaguardia de la Reconquista. Otros descienden a los valles, ciñen su cerco murado de torres, almenas, matacanes, fosos, puentes y reductos, y extienden su guardia permanente, como el *oppidum romanum* en las líneas avanzadas de las ciudades fronterizas, en defensa de la comarca, o son simplemente albergue de caudillos, feudo de prelados y magnates, casa fuerte del señor territorial, que blasonaba la puerta con sus armas.

Tal vez la leyenda se eslabone con las tribus colonizadoras, que aseguraban sus dominios al resguardo de las defensas naturales.

La Edad Media devana su vida azarosa con dos marcas señeras de cruzadas: la fe de las catedrales y el heroísmo de los castillos. Las catedrales colocaron el alma del pueblo en posición vertical, y en un anhelo infinito de victorias, desplegaron al viento su religiosidad, cristalizaron el ascetismo en las agujas góticas, como una plegaria ascendente de piedra cristiana.

Los castillos resumen las andanzas españolas durante los siglos X al XV. Sintonizan los tres grandes poderes de la autarquía medieval: el poderío de las armas, de la nobleza y del monacato.

El noble construye su castillo-fortaleza con el patio de armas, do se entrenan los guerreros. Bajo sus cotas apretadas, todo en él se torna escueto y recio. Levanta su castillo-palacio, con salones suntuosos y galerías soleadas; rige su prestancia con un juego de voluptuosidad y enorgullece las piedras labradas con lucientes obras de arte, porque ha de mantener su rango, gozar de sus fueros y repartir la alegría en fastuosas fiestas palaciales. Es creyente, y una necesidad imperiosa golpea su alma: la creación del templo en el castillo. Cuando las cogullas monacales reciben en donación alguna fortaleza, adquiere ésta un significado de exvoto religioso y surge el dominio feudal del castillo-monasterio.

Seis rutas pueden guiarnos por el plano de la llanada, a lo largo de la meseta del Duero, tomando por jornadas iniciales los castillos de Fuensaldaña, Torrelobatón, Peñafiel, Portillo, Belmonte de Campos y Medina.

Con sus desalmenadas cortinas, son el testamento de la historia de armas y esperan que una mano levante acta de sus proezas. A través de los adarves y saeteras parece oírse todavía el grito de los isabelinos, las algaras de los comuneros, los rumores de deliciosas fiestas, el crujir de armas y el arrastre de cadenas.

Viejo y blasonado torreón de Fuensaldaña, que cantó el poeta de la pompa feudal resto desnudo. Reliquias moriscas de Lucientes, ruinas de Trigueros del Valle. Muros desportillados de Ampudia y fortalezas blasonadas de Montealegre, de Villalba de los Alcores y Fuentes de Valdepero, Torres infaustas de Monzón de Campos: pasad en desfile histórico antes que el polvo del olvido profane vuestras infortunadas piedras...

A diferencia del castillo imperial de la Mota, la mayor parte recuerdan personajes y acontecimientos particulares o estaciones bélicas de los favoritos del rey.

En la fortaleza de Portillo, de colosal fábrica guerrera, vaga la sombra del Condestable de Luna. Cuéllar suscita el nombre de don Beltrán de la Cueva. En torno a Olmedo flota el fantasma inquietante de don Alvaro y se inicia la privanza del Marqués de Villena. Coca, envuelta en pinares, conserva la mansión señorial de los Fonseca. Centros estratégicos en la guerra de las Comunidades fueron Torrelobatón y Villalonso. El de Villargarcía está saturado con la figura ingente de don Juan de Austria. Siguen los nombres de Medina de Rioseco, Madrigal, Simancas y el alcázar-navío de Peñafiel.

Sobre todos ellos, como atalaya invulnerable, en la descarnada paramera del Duero, el castillo de la Mota alcanza un destino histórico plenamente nacional. Tierra adentro prorrumpe en alertas contra el moro y tiene encomendado un oficio de albergue y centinela.

Junto a estos murallones desandrajados, jirones de pasada grandeza, la hiedra teje sus mustios encajes, las flores silvestres ofrecen su perfume y las piedras heroicas se desmoronan al embate incurioso de los tiempos.

La mano fuerte del Nuevo Estado velará su honor, acudirá en su demanda, acariciando con una luz renaciente estos museos epopéyicos de Historia, focos de leyendas y espectros de mansiones quiméricas, que ampararon lealtades y alzaron su fe robusta en las armas. torneos y conjuras. Sirvieron para la reconquista de la unidad española y hoy sus ruinas nos invitan a la reconquista de la Historia.

Con la voz vigilante del cancionero de Baena hemos de despertar en su abandono:

*Quien vela fuerte castillo
non se duerme en las mañanas.*

La estrofa del viejo romancero, desnuda y atlética, como una cruzada guerrera, nos lleva a sus muros desportillados, en afán de reconstrucción artística y de guardia permanente:

*En el Carpio quedan ciento
para el castillo guardar.*

Galerías

Preciados

Madrid

TRES ESTAMPAS DEL CASTILLO DE MONTANCHEZ

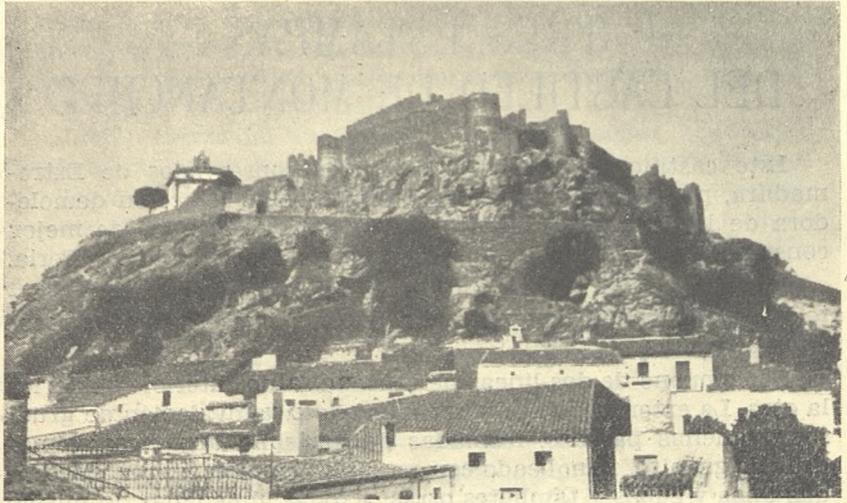
Este castillo figura entre los mejor conservados de Extremadura, por haber resistido tesoneramente a la acción demoleadora de los tiempos. Compitió en lo antiguo con los de mejor construcción y defensa, como eran los de Alburquerque y Feria.

Está situado al NO. del pueblo, al que domina, sobre un fuerte y elevado peñón de amplitud espaciosa, con escarpadas rocas en sus laderas

Se compone de dos líneas de murallas, una interior y exterior la otra. La exterior es un fuerte muro de circunvalación de gruesas y anchas paredes, formadas de durísima argamasa y piedras de granito, flanqueado con muchas y fuertes torres, cuadradas unas y cubos y tambores otras, y todas almenadas, lo mismo que la muralla. Hoy existen unos quince tambores bien conservados, aunque la muralla tiene algunos portillos. Estos cubos sirvieron en otros tiempos de prisión a muchas personas ilustres, entre las cuales se cuenta a don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias.

La muralla interior forma un cuadrado perfecto, compuesto de cuatro lienzos almenados de gruesas paredes regularmente conservados y de unos 16 metros de altura. Constituye lo que se llama el Circo; en su interior, a un lado, está la casa que llaman *ensangrentada*, porque servía de prisión y en ella ejecutaban a los prisioneros de guerra. De cada uno de sus cuatro ángulos, parte una muralla también almenada, por la que se pone en comunicación con la línea exterior de defensa. En el recinto comprendido entre las dos líneas existen tres naves subterráneas, que llaman los *pozos de los moros*. En el interior del circo, también hay una nave subterránea, hallada en excavaciones recientes, que se cree fuera habilitada para recogida de aguas, por existir varios cauces en dirección a dicha nave o foso; adosado a la parte Sur y por interior de las murallas exteriores, existe un estanque para recogida de aguas, encontrándose en la actualidad en perfecto estado, debido a reciente reparación. Tiene, además, la preciosa ermita llama del Castillo, donde se venera la Patrona de este pueblo, de la que haremos especial mención.

El castillo, como casi toda la Península, cayó en poder de los moros, y habiendo sido conquistada la ciudad de Mérida por Alfonso IX en el siglo XII, fue ofrecido a la Orden de Santiago, para cuando Dios permitiera su conquista. Así consta por un privilegio despachado en Galisteo, en mayo de 1229, por el



Castillo
de
Montánchez

(Foto Ayuntamiento.)

Rey de León. Ya anciano el bravo Rey de León don Alfonso IX, hizo una incursión en tierra de moros por Extremadura, ayudado de las tropas de su hijo Fernando III el Santo y del Maestro de la Orden de Santiago, don Pedro Alonso, y tomó la población de Mérida por asalto, mereciendo el renombre de vencedor de Mérida. En esta batalla se vieron pelear en favor de los cristianos a Santiago, San Isidoro y un escuadrón de santos con ropaje blanco, según dice su cronista, y a continuación se tomó el castillo de Montánchez, sin especial dificultad, entregado por los moros. Tras su reconquista, fue donado por el Rey a la Orden de Santiago, pactándose la obligación de hacer paz y guerra y tregua desde dicho castillo y villa; y esta donación, firmada en Zamora, fue confirmada por su hijo Fernando III el Santo, estando en Atienza, el 25 de julio de 1234.

* * *

En el reinado de Felipe III se produjo un estacionamiento en la vida española, por la desastrosa administración del poderoso privado del Rey, don Francisco de Sandoval, Duque de Lerma, quien alejó de la Corte a todos los Consejeros de Felipe III. Entre éstos desempeñó principal papel don Rodrigo Calderón, quien llegó a ser Ministro y Consejero, lo que le valió el título de Marqués de Siete Iglesias. La mala administración de don Rodrigo, la venta que de los cargos hacía y la caída del Duque de Lerma en el 1618, fue causa de su exoneración y confinamiento en el castillo de Montánchez, en una torre-cubo situada en el ángulo SO, que se conserva en regular estado.

* * *

Los franceses habían establecido su Cuartel General en Mérida y en Trujillo, y tenían acantonado gran parte del ejército, mandado por el General Juy, en Torremocha, Valdefuentes, Albalá, Casas de Don Antonio y Sierra de Fuentes. En el 19 de febrero de 1810, se recibió un oficio del General francés en la Alcaldía de esta villa, en el que se pedía se reconociera y jurara como Rey de las Españas a José I Bonaparte, hermano de Napoleón; el 9 de marzo de 1810 entró el General Joy en Montánchez, con una división de Caballería e Infantería.

El día antes de llegar el ejército francés, se publicó un bando y se hizo saber al vecindario, para evitar todo saqueo, el número de raciones con que habían de contribuir, y se dieron órdenes para que nadie saliera del pueblo, ni abandonara sus casas, debiendo tener abiertas sus puertas, a fin de evitar toda desgracia y atropello. En la jornada siguiente, a las dos de la

tarde, hicieron su entrada los franceses en este pueblo en número de 6.000 hombres.

Al aproximarse se dio aviso con un repique general de campanas, y preguntando los franceses a un hombre que bajaba la cuesta por qué tocaban, contestó: «Para que se preparen.» Por esta razón se dispusieron a entrar espada en mano y dispuestos para el ataque; mas sabido por el pueblo, hizo salir a su encuentro al Clero y al Ayuntamiento, y cambiadas algunas palabras entre el General y el Alcalde-Regente, entraron pacíficamente. Aquí permanecieron algunos días; al retirarse el ejército, el 21 de marzo, quedó un destacamento acantonado en el castillo, al mando del Comandante Bertane.

Acaba de aparecer la esperada segunda edición de

CASTILLOS EN CASTILLA

por el Excmo. Sr. CONDE DE GAMAZO
con prólogo del Excmo. Sr. D. Félix de Llanos y Torriglia,
de la Real Academia de la Historia

Volumen de gran formato, 34 × 24 cm , XL + 200 págs., impreso en papel especial e ilustrado con 36 grabados en el texto y 8 planos y 46 láminas (de ellas 30 reproducciones fotográficas y 16 dibujos originales de D. Casto de la Mora).

Una de las obras fundamentales sobre la materia, magnífica guía histórico-descriptiva para el conocimiento de una treintena de castillos de primer orden situados en la región castellano-leonesa (provincias de Valladolid, Palencia, Segovia, Zamora y Avila).

Precio del ejemplar: En rústica, 360 pesetas.

En piel valenciana con estampados en oro, 470 pesetas.

(A los miembros de la Asociación, 10 % de descuento)

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos

CARMEN, 12 — MADRID — TEL. 21 24 54

EL CASTILLO DE LA LUZ Y LA PIRATERIA DE JEAN ALFONSE

POR VIRGILIO GRANDE

Cuando la piratería se enseñoreaba de los mares, en las edades Media y Moderna, resultando arriesgada la navegación por el Océano Atlántico, hasta el extremo de hacer imposible establecer comunicación entre los puertos de La Habana y Cádiz; algunas veces las valentonas de corsarios franceses, portugueses, ingleses y holandeses, entre otros, aterrizaraban a los habitantes de estas islas y las naves que se dirigían a la Península con su cargamento de azúcar elaborado en el ingenio de Arucas.

Los piratas franceses aprovechaban las querellas entre Carlos I de España y V de Alemania y Francisco I, durante las denominadas guerras de rivalidades, para dar rienda suelta a sus deseos de apresar navíos españoles; no sólo los que venían de América con sus ricos cargamentos de oro, plata y especias, sino, incluso, los que desde esta isla de Gran Canaria se dirigían al puerto de Sevilla con cofres de azúcar.

Algunos piratas se hicieron muy familiares para los canarios, por sus reiteradas visitas y por sus «proezas», siendo Jean Alfonse uno de esos habituales merodeadores.

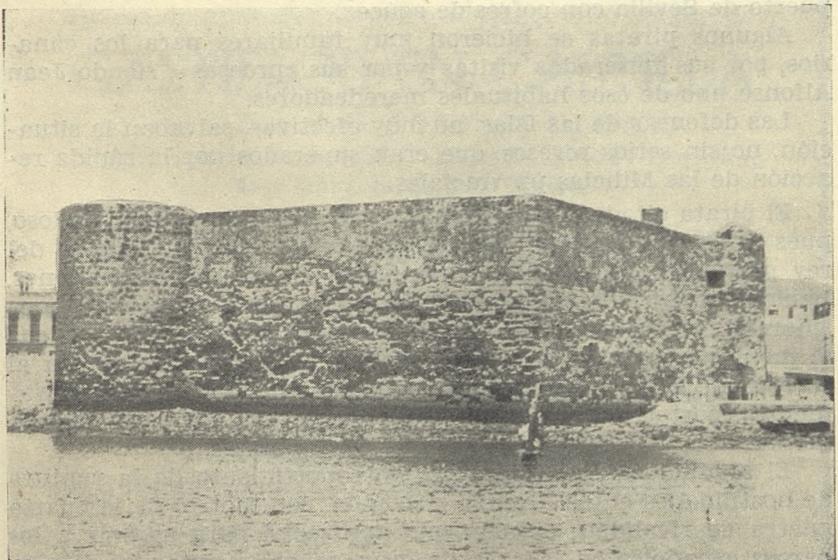
Las defensas de las Islas, no muy efectivas, salvaban la situación, no sin serios reveses, que eran superados por la rápida reacción de las Milicias provinciales.

El pirata citado, Jean Alfonse, cuyo origen ha estado dudoso, pues se supone francés, con más seguridad, estuvo a sueldo del rey portugués Juan III, a quien sirvió en diferentes ocasiones, habiendo contraído matrimonio en su reino, por lo que se le consideraba como natural del vecino Portugal, y por el hecho de que el monarca lusitano habíale censurado su regreso a Francia al servicio de Anjo, rico armador de Dieppe, llamándole despectivamente «portugués renegado», al solicitar sus servicios nuevamente.

El aludido Alfonse había tenido conocimiento de la ruptura de hostilidades entre Francia y España, con motivo de la cuarta guerra de rivalidad, ocasión que aprovechó para agredir a los barcos españoles en la ruta de gran cabotaje entre las islas y la Península, a cuyo efecto preparó en el puerto de La Rochela, en mayo de 1543, una expedición, en unión de otro marino, Martín Dagorrette.



Castillo de la Luz (Las Palmas.)



Otra vista del castillo de la Luz.

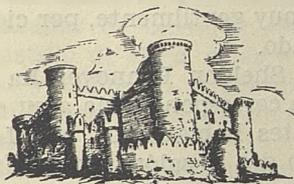
Ambos piratas se hicieron a la mar tan pronto tuvieron habilitados sus buques, poniendo proa hacia las islas Canarias, en cuyas aguas navegaban en octubre de aquel mismo año.

Dos navíos armados en corso, *La Colette*, de la matrícula de La Rochela, donde venía Jean Alfonse, y *La Madeleine*, de San Juan de Luz, mandado por Martín Dagorrette, penetraron en la bahía de las Isletas, ya conocida por Alfonse, aprovechando la oscuridad de la noche, el 29 de octubre, para apresar a tres barcos españoles cargados de azúcar que allí había y que iban a ser despachados para Sevilla.

El corsario francés logró sorprender a la guarnición de la fortaleza principal, la de las Isletas, única existente en aquel despoblado, pues es obligado decir que, en tan lejana época, aquellos parajes eran solitarios y yermos, teniendo el castillo, situado en el fondo de la bahía, comunicación con la capital a través del istmo que une la isleta con la isla, hoy completamente edificado, así como aquélla en gran parte.

Los piratas franceses estuvieron varias horas en el castillo, con uno de cuyos cañones amenazaron a los barcos españoles, una carabela y dos urcas, siendo apresados por los piratas hasta el envío de refuerzos desde la ciudad de Las Palmas por el Gobernador de Armas, don Alonso del Corral, y el apoyo de la artillería del Regidor don Bernardino de Lezcano Muxica, quien poseía 12 cañones emplazados delante de su casa, en la calle de San Francisco, dispuestos siempre para contrarrestar las invasiones piráticas, anunciadas con repique de rebato de las campanas de conventos e iglesias. De Las Palmas a la bahía hay una distancia de unos seis kilómetros, que son los que hubieron de andar las tropas para socorrer a la guarnición del castillo, y es de suponer el trabajo de transportar las piezas que habían de hostigar al enemigo, parapetado en la fortaleza.

Con el refuerzo de los isleños, los corsarios abandonaron el castillo y se hicieron a la vela hasta fuera del alcance de la artillería de tierra, paseándose ufanos frente a la bahía.



ACTUALIDAD ARTISTICA

CASTILLOS A LA AGUADA

POR JOSÉ SANZ Y DIAZ

En tanto que se prepara cuidadosamente la grandiosa Exposición de Castillos de España, se ha inaugurado una individual en el Salón de los Espejos de los Condes de la Revilla (el suntuoso Centro Asturiano de Madrid), patrocinado por la A. E. A. C., y de cuyas obras es autor A. Sheldon Pennoyer, artista norteamericano, de Oakland, cerca de San Francisco, quien estudió Arquitectura en California y Bellas Artes en las Academias de París, Roma y Londres. Afortunadamente para él, sigue una línea pictórica sensata, en medio de tanto plasticismo abstracto o cubista como la estupidez humana aplaude. Constituyen esta exposición 34 acuarelas, limpias y bien entonadas, donde campean los efectos de luz y de color en gamas, matices y colores gratos a la vista. Indudablemente, Sheldon Pennoyer es un gran pintor y un enamorado de las cosas de España, puesto que ese amor se refleja en los motivos elegidos, que el pincel acaricia con suavidad y finura notables. No en balde, Pennoyer recibió el bautismo en la bahía de San Francisco, en las tierras de misión que bendijo Fray Junípero Serra, el Apóstol de California; de ahí viene la raíz sentimental y su cariño ecuménico por las piedras venerandas de la historia de España.

A la inauguración oficial asistieron numerosas personalidades de las artes, las letras y la buena sociedad madrileña, así como la Junta Directiva de la Asociación Española de Amigos de los Castillos casi en pleno. Nuestro Presidente, Excmo. Sr. Marqués de Sales, habló elocuentemente de los méritos plásticos del artista y de su valiosa aportación a nuestra obra, resaltando los vínculos que unen a los Estados Unidos con España. A continuación habló el Marqués de la Vega de Anzo, en ausencia del ilustre catedrático y escritor D. Valentín Andrés Alvarez, Presidente del Centro Asturiano, y por último, dio a todos las gracias, en francés, muy gentilmente, por cierto, el Sr. Pennoyer, que fue muy felicitado.

La exposición de Sheldon Pennoyer ha tenido un éxito sin precedentes, en justa correspondencia a su esfuerzo artístico y a ese amor de que antes hablábamos. Mr. Lodge, Embajador de su país, recorrió otro día el salón, y tuvo frases de elogio para el artista y para los castillos españoles, contestándole el Sr. Marqués de Sales, con el mismo tono de cordialidad y de sencillez, en nombre de la A. E. A. C. como Presidente, cerrando el acto, al que

asistieron las más relevantes personalidades de Madrid, y el ilustre Catedrático y escritor D. Valentín Andrés Álvarez, en nombre del Centro Asturiano y de todos los asturianos que hay repartidos por América. Se brindó por España y por EE. UU., por Pennoyer y por su obra, y éste dio las gracias a todos.

Los castillos elegidos por el notable artista californiano son bastantes y, como ha dicho el Prof. D. Jaime Masaveu en la introducción del Catálogo, en todas esas obras ha puesto Pennoyer «su fina disposición para luz y para el color, su despierta sensibilidad para captar los austeros matices del alma española y la grandeza eterna de su historia». Pennoyer ha sabido plasmar con vigor, plasticidad y emoción los castillos de España, ásperos y mutilados, erguidos y señoriales, que se alzan lejos de las frondas tupidas, de los lagos cristalinos y del blanco plumón de los cisnes.

Hermosas estampas a la acuarela, que vamos a recorrer, llevando de la mano a nuestros lectores.

En la provincia de Avila vemos, frente a la villa de Arenas de San Pedro—siempre en las acuarelas de Sheldon Pennoyer—, que «ni las invasiones ni los incendios han tenido fuerza bastante para derruir la silueta ensoñadora de *la Triste Condesa*», y su castillo, de interior destrozado, pero sólido y poderoso en sus torres y sus murallas, que el pintor refleja con destreza laudable, lo mismo que el de Barco de Avila, con sus bastiones del siglo XVI, y el de Mombeltrán o Alburquerque, que alza su airosa mole sobre el valle, y las rocas de Villarejo, y las murallas de Avila, en dos acuarelas espléndidas

En Cuenca, el castillo de Belmonte, restaurado, es una de las plazas fuertes más bellas y grandiosas de España.

Pennoyer escoge en la provincia de Santander los castillos de Arguero, de evocadora estampa, y el de Castro Urdiales, de torres cilíndricas, sobre un promontorio de la costa cantábrica, y el de Potes, de bella estampa medieval.

En Soria, el castillo de Berlanga de Duero, conjunto fortificado de recinto bajo, cabe el palacio de Frías.

En Vizcaya, el de Butrón, restaurado con cierta fantasía, al abrirle ventanales, conservando sus vistosas fachadas y sus torres cúbicas entrelazadas de barreras almenadas.

En Segovia, el castillo de Coca, célebre monumento nacional, en extremo original y bellissimo, *arquetipo universal del estilo mudéjar*, expresión del poderío de los Fonseca, y el de Pedraza, enhiesto y legendario.

En Madrid, el castillo de Chinchón, monumento sin par en su clase; el Real de Manzanares, macizo cuadrangular de tres torres, que otean los pastizales colmenareños y los meandros pedregosos del río, y el de Villaviciosa de Odón, hoy en estado de

lamentable abandono, donde murió el rey Fernando VI y estuvo prisionero Godoy.

En Valladolid, los castillos de Fuensaldaña, único por sus torres esbeltas, recordando la rebeldía de los Comuneros, con su cuadrado homenaje y sus cilindros en las esquinas; el de Iscar, recia torre bastante maltrecha; el de La Mota, de Medina del Campo, morada de los Reyes Católicos y asilo hoy de las Juventudes Femeninas; el de Montealegre, digno de ser restaurado, y el de Portillo, propiedad de la Universidad vallisoletana, con dos estupendos recintos.

En Toledo, los castillos de Malpica o de Cebolla, frente al río Tajo, y de Oropesa, grande y unido al que fuera palacio de los Condes y Señores de la villa.

En Burgos, los de Peñaranda de Duero, medio arruinado en una elevada cumbre, y de Torregalindo, cuyas ruinas se miran sobre el Riaza.

En Castellón de la Plana, el castillo de Peñíscola, residencia formidable de Benedicto XIII, *el anti-Papa Luna*, con puertas y baluartes.

En León, el de Ponferrada, último refugio español de los Caballeros Templarios, y el de Valencia de Don Juan, consolidado en cubos y murallas.

En Valencia, el de Sagunto, acrópolis fortificada, celeberrimo por su historia inmarcesible.

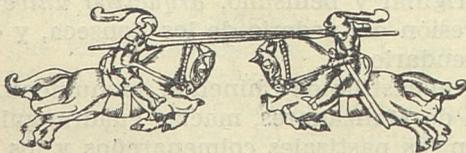
En La Coruña, el castillo de San Antón, encumbrado sobre unas rocas que se alzan pintorescamente en medio de la bahía.

En Pontevedra, el de Mos, en Sotomayor, con su cuadrado homenaje y sus murallones de poco espesas almenas.

En Tarragona, el castillo de Tamarit, cerca de la desembocadura del río Gaya y sobre un promontorio de rocas que se asoman al mar.

Y en Zamora, por último, las murallas y el castillo de Villalonso, plaza fuerte en la planicie de Tierra de Campos, que data del siglo XI.

En resumen, que A. Sheldon Pennoyer es un gran artista y que la A. E. A. C. está satisfecha de haber patrocinado tan notable certamen.



OBITUARIO

El Excmo. Sr. D. Joaquín de la Llave y Sierra

El día 15 de septiembre último falleció en Madrid el Excelentísimo Sr. D. Joaquín de la Llave y Sierra, General de División de Ingenieros, que figuraba como Vocal de la Junta Directiva de nuestra Asociación, la cual experimenta con ello una sensible pérdida en el cuadro de sus figuras directivas fundadoras de la Entidad. Al igual que la del Excmo. Sr. D. Francisco Hueso Rolland, acaecida en 18 de mayo de 1955, la muerte del General De la Llave constituye motivo de hondo pesar para quienes compartieron con él las tareas inherentes a la organización y primer periodo actuante de la A. E. A. C., en el que los profundos conocimientos, el ejemplar patriotismo y el don de gentes—simpatía, bondad, comprensión—de don Joaquín tan paladinamente quedaron puestos de manifiesto, constituyendo aportación utilísima para la misma. Ello explica que al quebrantarse su salud, hasta el punto de verse obligado a interrumpir la habitual comunicación con sus compañeros, tanto le echaran todos de menos, siguiendo con acucioso interés el curso de la prolongada dolencia, deseosos de que lograrse su restablecimiento, cosa que, desgraciadamente, no sucedió, pues el ilustre enfermo ha sucumbido al peso de aquélla.

Don Joaquín de la Llave era uno de los militares españoles de mayor prestigio, al unir a esas peculiares prendas personales una relevante actuación profesional, acreditada merced a dilatados y eminentes servicios. No es extraño que con la luctuosa ocasión de su óbito se haya hecho resaltar el profundo respeto y la merecida admiración de que gozaba en el campo de la Ingeniería militar, tanto por la gran labor desarrollada cuanto habida cuenta de la amplitud de sus conocimientos, su erudición castrense y su intachable conducta. A lo largo de ocho lustros, el insigne militar se distinguió como técnico consumado en diversos aspectos de la Ingeniería, primeramente en la Aeronáutica, pues realizó numerosas ascensiones en globo libre, algunas de ellas internacionales, y después en otras actividades inherentes al ejercicio de su carrera, como fueron la dirección de edificaciones y obras hidráulicas, hasta culminar después de 1939, en que, terminada la guerra de Liberación, encargóse de dirigir la reconstrucción de infinidad de obras en la región catalana que resultaron destruidas por los rojos en su éxodo hacia la frontera.

A más de jefe de Aeronáutica y del Regimiento de Aeronautación, fué Comandante general de Ingenieros del Ejército del Norte durante la guerra liberadora; Director de la Escuela de Aplicación de Ingenieros, General jefe de la División 81, Fiscal del Consejo Supremo de Justicia Militar, Vocal de la Junta Superior de Patronatos de Huérfanos Militares y Presidentes honorario de la Federación del Tiro Nacional de España. Entre otras condecoraciones, se hallaba en posesión de las Grandes Cruces de San Hermengildo, Mérito Militar, Mérito Naval, Encomienda de Isabel la Católica, etc. Como escritor, el General De la Llave se distinguió ya desde su primera juventud, cultivando no solamente los temas rigurosamente técnicos derivados de su profesión, sino también los históricos y patrióticos. A los veinte años le fue premiado su magnífico estudio «El Conde de Barcelona Ramón Berenguer III el Grande», presentado a un concurso que organizóse en la capital catalana para solemnizar la mayoría de edad de Alfonso XIII, trabajo al que siguieron catorce más, algunos tan notables como el titulado «Almirante y su obra», y otros relativos a fortificaciones, tiro, motores, etc. Dada su bien probada afección ilusionada hacia los castillos, motivadora de haberle designado miembro de nuestra Junta Directiva—en la que es natural no falte un alto Jefe de Arma o Cuerpo técnico del Ejército—, esperábamos mucho del General De la Llave, con quien, desgraciadamente, ya no podemos contar.

A. D.

*Boletín de la Asociación Española
de Amigos de los Castillos*

Oficina: Calle del Carmen, 12, 2.º dcha. - Teléf. 21 24 54

Horas: De 5 a 9

Precios de suscripción

Un año. 40 ptas.

Número atrasado 12 »

LOA Y ESQUEMA DE LOS CASTILLOS DE LA PROVINCIA DE MADRID

Invitado el Vocal de nuestra Junta Directiva Excmo. Sr. D. Angel Dotor, por la de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, para pronunciar la conferencia de ritual con ocasión de la apertura del curso académico 1956-57 de dicha benemérita entidad, el Sr. Dotor aceptó, gustoso, y tuvo el buen acuerdo de escoger para su disertación, entre tantos temas como se le ocurrieron relacionados con Madrid, el de los castillos de su provincia, lo cual constituye una nueva y valiosa aportación rendida por dicho señor a los fines de nuestra Asociación. Ello explica que aquí la recojamos.

La conferencia tuvo lugar en la tarde del día 27 de octubre. El señorial salón de actos del palacio de los Lujanes, en la plaza de la Villa, sede de la Real Sociedad Económica Matritense, se hallaba atestado de distinguido público, que escuchó, con muestras de viva complacencia, primeramente las palabras de presentación del conferenciante, sobremanera elogiosas, dichas por el Presidente, el Excmo. Sr. D. Antonio Velasco Zazo, ilustre escritor y decano de los cronistas matritenses, y después la disertación del Sr. Dotor, que tuvo una hora de duración. Hemos de señalar aquí con viva complacencia, más aún que la belleza de forma, el tino expresivo y la ponderación erudita de cuanto el conferenciante dijo, lo fervoroso de su intención exaltadora de nuestros castillos, así como el cumplido encomio, reiteradamente exteriorizado, de la personalidad y la labor de otro miembro de nuestra Junta Directiva, muy querido y admirado de todos: el Ilmo. Sr. D. Federico Bordejé, quien precisamente ahora ha acabado de publicar en nuestro BOLETÍN su trabajo acerca de los castillos madrileños. Finalmente, consignaremos que nuestro Presidente, el Excmo. Sr. Marqués de Sales, asistente al acto en unión de otros miembros de la Junta, fue invitado a subir al estrado, sentándose a la derecha del Sr. Velasco Zazo, que presidía el mismo

Entre los numerosos comentarios que la conferencia del señor Dotor suscitó en la Prensa de Madrid y en la de provincias, figura éste de A B C, cuyo texto transcribimos:

«Acerca del tema «Loa y esquema de los castillos de la provincia de Madrid», pronunció anoche una conferencia el ilustre escritor D. Angel Dotor y Municio, en el salón de actos de la Sociedad Económica Matritense. Con esta disertación quedó abierto el curso académico de la entidad.

Subrayó el Sr. Dotor que el tema de los castillos españoles ha adquirido en estos últimos años gran relevancia dentro de

la vida cultural, merced a la labor desarrollada por la Asociación Española de Amigos de los Castillos, que ha reunido en su seno a una legión de intelectuales, artistas, aristócratas y financieros, apasionados todos ellos por crear el necesario clima popular en pro del conocimiento y defensa de la arquitectura militar española, de la que los castillos son la más viva expresión.

Se refirió luego al relieve que entre todos los castillos españoles revisten los de la provincia de Madrid, barrera durante mucho tiempo que separó a modo de raya los campos cristiano y mahometano, hasta que el triunfo de las Navas de Tolosa permitió a los primeros apoderarse de toda la cuenca del Tajo. Apuntó la necesidad de conocer y estudiar los castillos de cada provincia, como ahora ha hecho con los de Madrid el especialista D. Federico Bordejé, cuyo reciente trabajo debe servir de pauta en este orden.

Finalmente, el Sr. Doctor anunció que en noviembre próximo se inaugurará, en el Palacio de Bibliotecas y Museos, una magna Exposición de castillos, primera de su clase que se organiza.»

Radio Nacional de España recogió en cinta magnetofónica el texto de la conferencia pronunciada por don Angel Dotor, que formó parte del tercer programa radiado en la noche siguiente, domingo 28 de octubre.

A V I S O

A LOS SEÑORES ASOCIADOS

Se ruega a los señores asociados que no nos han remitido las dos fotografías para el carnet de identidad, lo hagan a la mayor brevedad posible, para poderse lo enviar debidamente cumplimentado.

Dicho carnet de cartulina es gratuito. Para los señores asociados que lo deseen, tenemos carteritas de piel corinto, para el carnet, con celuloide y tarjetero, y en la portada, la insignia social en oro, al precio de 25 pesetas (incluidos gastos de envío).



Castillo de las Navas del Marqués
Escuela de Mandos Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S.
Capilla (Fot. López Castro.)

EXCURSIONES COLECTIVAS

NAVAS DEL MARQUES Y AVILA

Como primera excursión del otoño, se realizó parte del itinerario que se había proyectado, resolución adoptada a causa del mal tiempo reinante. El domingo 14 de octubre amaneció lluvioso, y durante el camino de Madrid a las Navas del Marqués una niebla intensa impidió poder admirar los bellos paisajes que circundan aquella villa, pues los frondosos pinares que existen en la sierra son espectáculo digno de verse.

Ya en aquella localidad, la visita al castillo fue muy detenida, gracias a la gentileza de la señorita Pilar Primo de Rivera, que, previamente avisada de nuestra visita, dio instrucciones para que se nos enseñara todo el antiguo edificio, el cual,

merced a las reformas recientes que se han realizado en él por expertos técnicos, ofrece un aspecto bello y argonioso, acomodado a las necesidades de la Escuela de Instructoras de la Sección Femenina de Falange Tradicionalista y de las J. O. N. S., que es la que hoy ocupa el castillo.

Situada la villa de las Navas del Marqués en la parte oriental de la provincia de Avila, entre las sierras de Guadarrama y Gredos, es de muy antiguo origen, tal vez de la segunda mitad del siglo XIII, época de su repoblación, de acuerdo con las instrucciones de Alfonso X el Sabio, por varias familias nobles abulenses.

En 1557, Felipe II la hizo cabeza de Marquesado, concediendo el título a don Pedro Dávila, tercer Conde del Risco, regidor de la capital y contador que fue del emperador Carlos V.

La edificación del castillo-palacio, que lleva el histórico nombre de «Magalia», se debe al primer Marqués. Después recayó su propiedad en la casa ducal de Medinaceli, que la mantuvo durante varios siglos, hasta que no hace muchos lustros lo adquirió una empresa industrial, la Unión Resinera Española, en unión de grandes predios de pinares circundantes.

Dicha entidad, el año 1947, con generosidad digna de loa, cedió el castillo-palacio a la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S., quien lo restauró, como ya hemos dicho, con el mayor cuidado.

Hoy, el castillo de las Navas del Marqués ofrece una admirable vista de conjunto, por estar situado en una elevación de roca viva, donde ya debió de existir otra fortaleza, quizá de los musulmes, a cuya época cabe atribuir la torre redonda que está situada al Norte.

A su fachada principal se asoman varios balcones volados, hijos de la confianza renacida en el castillo-palacio en épocas remotas, que no desdicen hoy de su conjunto señorial.

La gran fachada principal, de 40 metros de longitud, se mantiene íntegra, y su perímetro total, con algunos torreones avanzados, perfectamente restaurados.

A su entrada, un enorme zaguán, con rico artesonado, sirve de acceso a la gran plaza de armas, cuyas líneas arquitectónicas, fielmente restauradas, se deben al gran arquitecto de Felipe II, Herrera.

La reconstrucción de este castillo-palacio debe servir de ejemplo para otras similares que esperan su turno. Deben formularse votos por que los técnicos que en ellas intervengan sepan respetar con el mayor orgullo de su conciencia profesional los caracteres de épocas y estilos, sin menoscabo de su secular existencia.

Realizada esta visita, los excursionistas se dirigieron a Avila, para almorzar; pero una desdichada desorientación del chofer.



Castillo de las Navas del Marqués
Escuela de Mandos Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S.
Salón de visitas (Fot. López Castro.)

que confundió el camino, los llevó por itinerario de elevados puentes y mayor distancia de la prevista, llegando a la histórica ciudad a las cinco de la tarde, ocasionándose un retraso tan considerable, que, unido a la pertinaz lluvia que cayó, hizo imposible continuar al castillo de Villaviciosa, concretándose los viajeros a renovar la visita siempre evocadora de pasadas grandezas de los monumentos de Avila de los Caballeros.

Como dicho castillo de Villaviciosa, además de ser muy poco conocido posee un gran interés histórico y artístico, la visita al mismo se incluirá en algunos de los itinerarios de la próxima primavera.

* * *

CASTILLOS DE CASARRUBIOS DEL MONTE, NOVES (SAN CRISTOBAL) Y BARCIENCE

La segunda y última excursión de este otoño se realizó a los castillos enunciados de la provincia de Toledo, el día 1.º de no-

viembre, cubriéndose con la mayor regularidad apetecible el itinerario prefijado, a lo cual contribuyó la esplendidez del día.

Los tres castillos a visitar eran sumamente interesantes. Del de Barcience apareció una detallada reseña, escrita por el señor Rico de Estasen, en el núm. 11 de este BOLETÍN, por lo que huelga extenderse en su descripción.

El de Casarrubias del Monte es otro castillo toledano ya visitado anteriormente en otra de nuestras excursiones realizadas en junio del año 1954, y del cual no se hizo referencia alguna por falta de espacio.

Sin duda alguna, este castillo fue dirigido por el mismo arquitecto que construyó el de Coca, de la provincia de Segovia, cuyo nombre se desconoce, afirmación que puede hacerse por la similitud de su puerta principal con la del mismo, y que es de traza no repetida en otros castillos conocidos.

De la escasa historia que conocemos puede decirse que en el siglo XV perteneció a los Chacón, Señores de la villa por donación de Enrique III al que fue ayo de sus hijos, nieto de don Alvaro de Luna y autor de su Crónica. Después lo poseyó el Conde de Casarrubios, título creado en 1599, y, por vinculaciones familiares, pasó a los Condes de Miranda, que en el castillo edificaron su palacio.

En el siglo XIX perteneció a los Condes de Montijo, constando que en el año 1837 se trasladaron dos de sus cañones al Alcázar de Toledo, y que, en 1843, la Condesa regaló otros dos al parque de Madrid.

Actualmente es una de las numerosas fortalezas pertenecientes a la casa ducal de Berwick y de Alba.

En nuestra última excursión estaba totalmente arruinado en su interior, pero de nuevo vuelve a sentir hálitos de vida, gracias a la reconstrucción de parte de él que, a cuenta del Ministerio de Agricultura, se ha realizado para utilizarlo como silo de la comarca.

El castillo de Novés, situado a 6 kilómetros al Este del de Maqueda, está situado en el paraje denominado San Silvestre.

De desconocido origen, perteneció primeramente a la Orden de Calatrava; después fue una de las plazas concedidas por Juan II a don Alvaro de Luna, pasando luego a la que sería casa ducal de Maqueda, que lo restauró, probablemente, en el último tercio del siglo XV, y por último, a propiedad particular por venta hecha en 1807 de todo el término.

Su estructura es parecida al de Maqueda, de planta cuadrangular, flanqueado por cubos circulares, con original coronamiento, defendido por foso y escarpa y con puerta de entrada al lado oriental, que denota revistió gran importancia en aquellos siglos.

BIBLIOGRAFIA

LAS PUBLICACIONES DE JIMENEZ DE GREGORIO

Por considerarla altamente merecedora de ello, traemos a esta sección la referencia a la labor bibliográfica del profesor y publicista don Fernando Jiménez de Gregorio, miembro numerario de nuestra Asociación; labor copiosa, que hemos de reputar de positivo interés para el estudio y divulgación de los castillos y temas afines. Dentro del conjunto de sus numerosos libros, folletos y trabajos menores aparecidos en revistas, que rebasan la treintena, todos ellos agrupados en las dos grandes ramas de la Historia y la Geografía—ciencias que Jiménez de Gregorio explica actualmente en Murcia, como Catedrático del Instituto «Saavedra Fajardo» y Profesor de la Universidad—, resaltan por su cuantía e importancia los referentes a su toledana tierra originaria. Leyéndolos nos persuadimos de que su autor, a más de aptitud ingénita, posee aquello que Ganivet denominó «espíritu territorial», o sea, concretamente, amor por el lugar y la comarca en que se viene a la vida. Amor, desde luego, entrañable, que explica toda dedicación constante y fervorosa hacia el conocimiento y merecida exaltación de los mismos, siempre que ello no empece lo claro y objetivo del juicio y lo imparcial del empeño al poner de manifiesto valores positivos y edificantes aspectos.

A la vista tenemos cinco obras de Jiménez de Gregorio que denotan en su autor, a más de lo ya apuntado, patente aptitud investigadora y verdadero dominio de la exposición escrita, clara y atrayente por su plan y estilo. A cual más interesantes, sobre todo las tres primeras que mencionaremos—no precisamente en la general rasante valorativa, sino habida cuenta de caer plenamente dentro de la especialización a que atiende este BOLETÍN—, cada una de ellas merecería consagrarle una amplia nota bibliográfica si dispusiéramos del espacio necesario para ello; pero, carentes de él, nos vemos constreñidos a trazar sólo su ligerísima reseña.

La primera de esas obras es la titulada «Fortalezas musulmanas en la línea del Tajo», *separata* de la revista «Al-Andalus», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; estudio, aunque breve, a la vez erudito y de gran interés descriptivo, tanto por su texto como por las reproducciones fotográficas que lo ilustran, en el que puede verse la importancia que otrora tuvieron tres fortalezas situadas en la zona oriental de la provincia de Cáceres, confinante con la de Toledo. La segunda, «Tres puentes sobre el Tajo en el Medievo», ofrece una descripción enjundiosa

y plena de contenido histórico acerca del origen y vicisitudes de esos tres puentes en cuestión, o sean los de Talavera, Pinos y del Arzobispo, sobre el gran río central de la Península, que en su día, tras la reconquista de aquella zona castellana, fueron base de la repoblación de la misma. La tercera de esas obras merecedoras de nuestra preferente atención, rotulada «La ciudad de Vascos», constituye un magnífico estudio arqueológico, que originariamente vio la luz en el «Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo», a la que el autor pertenece; estudio revelador de cuanto se ha logrado investigar por eminentes tratadistas acerca de la antigua población de referencia, situada en la región de la Jara toledana, cuyo pasado resulta apasionadamente misterioso, sin que basten a explicarlo cumplidamente los importantes restos que aun quedan de su castillo y murallas. Los otros dos libros aludidos son «Historia de Belvís, lugar en la comarca toledana de la Jara» (pueblo natalicio del autor), modelo de monografía amplia, documentada, de perfecta articulación expositiva y hasta amena, amén de bien ilustrada gráficamente, que puede servir de modelo para el trazado de trabajos semejantes acerca de tantos otros lugares españoles como todavía carecen de su historia, a modo de biografía, escrita, y «La iglesia y parroquia de Belvís de la Jara», en dos volúmenes, con un centenar de páginas en total, igualmente publicado en el mentado «Boletín», cuyo contenido constituye valioso complemento del libro anterior.

Mucho cabe esperar de la capacidad y el entusiasmo, tan rotundamente acreditados, del profesor Jiménez de Gregorio, disertador investigador y publicista ilustre, en orden al acrecimiento de ese ya su abundante y valioso acervo con que ha enriquecido la bibliografía asiduamente registrada en esta sección. Al felicitarle expresámosle nuestro deseo de que pronto figure su firma entre cuantas colaboran habitualmente en el BOLETÍN de la Asociación Española de Amigos de los Castillos.

A. D.

VELO Y NIETO (Gervasio).—*El castillo de Santibáñez el Alto*. Madrid, 1956. Colección «Sierra de Gata». Impreso en los Talleres Accasor. Vol. de 96 págs., con grabados, en 16.º

El excelente investigador y publicista que es Velo y Nieto, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia y socio numerario de nuestra entidad, ha encontrado en su originaria tierra cacereña un verdadero caudal histórico y artístico que exaltar y divulgar con la soltura y adecuación que tan probadas tiene en precedentes publicaciones. Esta que ahora ha visto la luz resulta en extremo sugestiva, pues describe el pasado de

uno de los castillos más famosos de la zona noroeste de la provincia de referencia, que tan importante papel ejerció en la época medieval, merced a la lucha de musulimes y cristianos durante la reconquista. Con singular dominio de la síntesis, el autor expone la fundación y emplazamiento de aquella histórica villa, cuanto significaron sus magnificas fortificaciones y otras noticias del pasado concomitantes con la misma, llegando a lo que constituye ya la época en que Santibáñez fue importante Encomienda de la Orden de Alcántara, época cuyos seis siglos de duración aparecen glosados, a la vez que con rigor y objetividad, adunando a la característica erudita la también harto patente atracción de la amenidad que le confiere un estilo jugoso y expresivo. Es, en resumen, este trabajo de Velo y Nieto una consumada monografía, verdaderamente valiosa, que suponemos se verá seguida por algunas otras similares acerca de monumentos también de subido mérito histórico y artístico en que tan rica es la llamada Transierra extremeña, y, en general, toda aquella provincia, cuya significación, pese a lo relevante, resulta bien poco conocida del gran público.

A. D.

* * *

EL ALBUM «CASTILLOS DE ESPAÑA»

La Editorial Casulleras es una de las de mayor prestigio nacional, según puede verse en su colección «Ayer, Hoy, Siempre», que recientemente publicó la obra de Francis Jammes *El Divino Dolor*, que es acaso la de más humanidad y más caridad del fecundo cantor de Orthez y Hasparren, en el país vasco-francés (1868-1938).

Pues bien, tan prestigiosa Casa acaba de lanzar al bullicio infantil y popular de los quioscos, un álbum titulado *Castillos de España*, a todo color, inserto en su Colección Joya. Su tamaño es de 20 X 27 centímetros y tiene capacidad para 143 cromos, de los siguientes castillos, citados aquí por orden alfabético: Alarcón, Alba de Tormes, Alburquerque, Alcalá de Guadaira, Alcañiz, Alcazaba de Almería, Alcázar de Segovia, Almansa, Almenar, Almonaster la Real, Almuñécar, Ampudia, Andrade, Antequera, Arenas de San Pedro, Argüeso, Astorga, Ayub. Belalcázar, Bélmez, Belmonte, Belmonte de Campos, Belcaire, Bellver, Benavente, Berlanga de Duero, Biar, Blimea, Buitrago de Lozoya, Burgos, Buñol, Butrón, Calatrava la Vieja, Cardona. Carlos V, Carmona, Castellet, Castellvell, Ciudad Rodrigo, Coca, Consuegra, Cuéllar, Cuevas del Almanzora, Cullera, Daroca, Del Rey, Elche, Escalona, Escornalbou, Espluga de Francolí, Fontecha, Fuensaldaña, Fuentes de Valdepero, Gautégui, Gibralfaro, Grajal de Campos, Guadamur, Guanapay, Guevara, Infantado,

Jarandilla, Játiva, Javier, La Calahorra, La Mota, La Trinidad, Léinez, Lanos, Las Aguzaderas, Lérida, Loarre, Lorca, Los Almirantes, Los Guzmanes, Llanes, Magalia, Malpica, Manzanares el Real, Medina de Pomar, Miranda del Castañar, Monforte de Lemos, Montblanch, Monteagudo, Monteagudo de las Vicarías, Montealegre, Montearagón, Montesa, Montesquiu, Montgrí, Montjuich, Monzón, Mora de Rubielos, Morella, Niebla, Olite, Omillos de Sasamón, Olvera, Ondá, Oropesa, Pambre, Paradilla, Pedraza de la Sierra, Peñafiel, Peñaranda de Duero, Peñas Borrás, Peñíscola, Perelada, Petrel, Piedrabuena, Pioz, Ponferrada, Portezuelo, Puebla de Alcocer, Pulpis, Rudabella, Sagunto, Salobreña, San Antón, San Juan de Priorio, San Marcos, San Servando, Santa Catalina, Santa Florentina, Santueri, Segura, Sigüenza, Simancas, Sotomayor, Tamarit, Torija, Toro, Torre Estrella, Tossa de Mar, Turégano, Trujillo, Valdecorneja, Valderrobres, Valencia de Don Juan, Vélez-Blanco, Vilassar de Dalt, Villalonso, Villasobroso, Villena y Zafra.

Los dibujos son de Enrique Estela, y esta primera parte del álbum *Castillos de España* está preparada para el año 1957.

En la presentación de esta primera serie de castillos españoles dice que va dirigida a la divulgación cultural, especialmente a los niños y a los mayores «amantes de la historia, belleza, arte y, en fin, de las maravillas que poseemos en nuestra patria». Luego añade: «No se puede por menos en este modesto álbum que rendir tributo de admiración a la insigne Asociación Española de Amigos de los Castillos, por su labor divulgadora en pro de la conservación de los mismos, así como a bienhechores que han procurado la reconstrucción y embellecimiento de muchos de ellos.»

Nuestra Asociación Española de Amigos de los Castillos agradece estas palabras de la Editorial Casulleras, de Barcelona, y el noble esfuerzo que pone al servicio de una causa nobilísima, por la que se interesan el Jefe del Estado y todos los españoles amantes de las glorias de su patria. En nosotros ha de hallar toda clase de facilidades para que pueda llevar a cabo tan hermoso y laudable servicio de divulgación cultural, porque los castillos españoles han sido siempre honra y orgullo, blasón y escudo de la independencia patria.

J. S. Y D.

En esta sección se publicará la reseña de los libros y revistas total o parcialmente relacionados con los castillos y, en general, la arquitectura militar antigua. Para ello es preciso enviar dos ejemplares a la Secretaría de Redacción del BOLETÍN, Carmen, 12, 2.º

CHAMARTIN

QUE ULTIMAMENTE HA PRESENTADO LOS
GRANDES EXITOS "MARCELINO PAN Y VINO",
"TARDE DE TOROS" y "MI TIO JACINTO"

PRESENTARA MUY PRONTO

UNA SELECCION DE TITULOS EXTRANJEROS,
ANTICIPO DE LA LISTA CONFECCIONADA
PARA LA ACTUAL TEMPORADA:

LLANURA ROJA

(TECHNICOLOR)
GREGORY PECK

LA BELLA MAGGIE

PAUL DOUGLAS

LOCA POR LOS HOMBRES

GLYNIS JOHNS

Y

EL GLOBO ROJO

(BALLON ROUGE)
TECHNICOLOR

"PALMA DE ORO" EN EL FESTIVAL DE CANNES, 1956
"MEDALLA DE ORO", GRAN PREMIO DEL CINEMA
FRANCES, 1956



Tan famosas

COMO LOS VIEJOS CASTILLOS ESPAÑOLAS, SON
HOY LAS FORTALEZAS INDUSTRIALES QUE SITUADAS
ESTRATEGICAMENTE DEFIENDEN LA ECONOMIA
NACIONAL



MANUFACTURAS FOTOGRAFICAS
ESPAÑOLAS, S. A.

HA LANZADO AL MERCADO DOS PRODUCTOS DE
EXCEPCIONAL CALIDAD:

PELICULA CINEMATOGRAFICA
y
PELICULA RADIOGRAFICA

FACTORIA:
Calle de la Reina
ARANJUEZ

NUEVAS OFICINAS:
Avda. de José Antonio, 84
Tels. 32 09 99 y 32 02 31
(Edificio España)-MADRID

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital desembolsado 500 000.000 Ptas.
Reservas 730.000.000 »
Capital desembolsado y reservas . . . 1.230.000.000 »

CASA CENTRAL Y DEPARTAMENTO EXTRANJERO
Plaza de Canalejas, núm. 1

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, núm. 68	Lagasca, núm. 40
Atocha, núm. 55	Legazpi (Gta. Bta. M. ^a Ana Jesús, 12)
Av. José Antonio, n.º 10	Mantuano, núm. 4
Av. José Antonio, n.º 50	Mayor, núm. 30
Bravo Murillo, 300	Narváez, núm. 39
Conde de Peñalver, 49	P. ^{za} Emperador Carlos V, 5
Duque de Alba, 15	Pto. Vallocas (Avda. Albufera, 20)
Eloy Gonzalo, n.º 19	Rodríguez San Pedro, 66
Fuencarral, n.º 76	Sagasta, núm. 30
J. García Morato, 158 y 160	San Bernardo, 35
	Serrano, núm. 64

Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Bolsa con el n.º 1.885

(CaM2)



IMP. COSANO - PALMA. N. TEL. 225595 - MADRID